

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

MAYO DE 1924

NÚM. 2

Alberto Herrera Arrau

Notas sobre Montaigne



A Francia del siglo XVI ofrece a los estudiosos un notable conjunto de escritores de raro talento, cuyas obras, apreciadas hoy en todo su valor, constituyen un tesoro precioso para la cultura humana.

Al lado de poetas exquisitos como Pedro RONSARD y Francisco MALHERBE, florecieron prosistas tan eminentes como Santiago AMYOT, cuya traducción de Plutarco constituye un monumento de erudición y de lenguaje, y Juan CALVINO, no menos célebre por su «Institución de la Religión Cristiana».

RABELAIS, el fraile aventurero, el de la sonora carcajada, el más genial de los satíricos de Europa, es también de esta época.

También lo son Clemente MAROT, el poeta de las baladas y traductor de los Salmos, y Pedro LEROI, canónigo de Rouen, autor de la sátira Menipea, que tan honda repercusión política tuvo en los tiempos de Enrique IV.

Pero la personalidad literaria de más vigoroso relieve que produjo el siglo XVI en Francia, el más original de sus escritores, el más profundo de sus moralistas, el espíritu más elevado y sutil, el que reúne mayores títulos para la celebridad, es acaso MIGUEL DE MONTAIGNE.

Proporcionar algunos datos acerca de la vida y obras de este insigne pensador, mostraros su prodigiosa flexibilidad mental, su carácter excéntrico, su austero perfil de estudioso incansable, sus ternuras, su honradez insuperada, sus gustos aristocráticos y la influencia benéfica que ejerció, principalmente después de sus días, constituye el objeto de este trabajo.

* * *

La crítica moderna y las investigaciones biográficas sólo han encontrado antecedentes muy fragmentarios de los antepasados de Montaigne. El primero que conocemos es Ramón Eyquem, su bisabuelo, el cual, después de enriquecerse en el comercio de vinos, adquirió las tierras nobles llamadas de Montaigne.

RAMÓN, abuelo del filósofo, fué también comerciante; pero casó sus hijas con magistrados, y de sus tres hijos hizo un jurisconsulto, un eclesiástico y un consejero de Parlamento.

De este modo, la familia que fué evidentemente de origen plebeyo se elevó poco a poco a la nobleza de toga.

PEDRO Eyquem, el padre, vivió en Burdeos como un verdadero señor, lleno de consideraciones y magníficamente instalado en su castillo de Montaigne. Tomó parte con la nobleza en las guerras de Italia, y al morir dejó a sus hijos dueños de una gran fortuna.

MIGUEL EYQUEM vino, pues, así, a disfrutar de todas las ventajas de esta situación creada por los afanes de sus predecesores. Fué un gentilhombre, y al darse cuenta de la necesidad de borrar hasta las huellas de su origen humilde, suprimió de una plumada el apellido Eyquem y se firmó en lo sucesivo Miguel de Montaigne, el nombre de sus tierras.

Desde entonces pone mucho empeño en hablarnos de su nobleza; pero alude lo menos posible a sus antepasados, lo que le valió una calumnia de Escaligero, quien aseguró ser hijo de un vendedor de arenques. Tal afirmación, no obstante, es falsa, como lo comprueban numerosos documentos de la época.

«Nací, dice Montaigne, entre las 11 y las 12 del último día de Febrero de 1533. El buen padre que Dios me dió, para el cual no tengo más que gratitud, ciertamente muy firme, me envió en cuanto nací a que me criaran en un pobre pueblo que era suyo, y me mantuvo en él durante toda la lactancia y aún más allá, adiestrándome en la más baja y común manera de vivir».

De vuelta del pueblo, su padre le dió una educación original, ideada sobre las últimas nociones pedagógicas recogidas en Italia, país de donde venía toda luz entonces.

La base fundamental de esta educación era el principio de la dulzura, según el cual al niño debía acostumbrársele a proceder en todo por su gusto, movido por el resorte de su propia voluntad, sin castigos ni coacciones. Debían indicársele sus deberes, fomentársele sus naturales tendencias, haciéndole lo más grata posible la tarea del aprendizaje.

La teoría era hermosa, sin duda; pero, como en materia tan compleja no caben ideas absolutas, este exclusivismo fué un obstáculo para el desarrollo normal de las cualidades de energía y de carácter que se echan de menos en Montaigne. El mismo nos dice con frecuencia que no resiste la disciplina y que sus actos no obedecen jamás al estímulo de la obligación, sino al simple halago de su capricho o de su gusto personal.

Muchos fueron los impugnadores de este sistema de la dulzura. Locke y Rousseau lo aplaudieron con entusiasmo.

Convencido estaba asimismo Pedro Eyquem de que el aprendizaje de los idiomas era el camino más seguro para poner a los niños en contacto con los maestros de Roma y de Grecia y comunicarles así su gran elevación de alma.

Con esta persuasión sacó al pequeño Miguel de los brazos de la nodriza para encomendarlo a un alemán sabio que apenas hablaba el francés, pero que conocía a fondo la lengua de Cicerón.

El alemán adoptó un método riguroso. Prohibió terminantemente que a su discípulo se le hablara otro idioma que el latín. Fué ésta una consigna severísima. Ni sus padres, ni sus criados, ni nadie podía pronunciar en presencia del niño palabras francesas, ni inglesas, ni italianas. Todo el mundo debía hablar sólo latín, y así fué como la familia entera se latinizó hasta tal punto que «el latín—dice en sus Memorias—desbordó hasta los pueblos cercanos, donde se conservan aún y han entrado en uso numerosos nombres latinos de muebles e instrumentos».

Miguel Montaigne, gracias al tesón germánico de su maestro llegó a ser un latinista formidable, y esto explica el profundo conocimiento que revela de los clásicos. Era tal su versación, que cita el caso de sabios de su época, como el poeta escocés Jorge Buchanam, que espontáneamente reconocían su inferioridad con respecto a él.

El griego, en cambio, no lo aprendió sino a medias.

Al cumplir los diez años, su padre cediendo a influencias extrañas, lo llevó al Colegio de Guyena, el más acreditado de Francia.

Era tan mala la instrucción que entonces se daba a los niños, que Montaigne se lamenta de haber perdido su tiempo, y a los trece años, cuando terminó su curso, dice que no había aprendido nada útil y, lo que es peor, que el latín, todo su orgullo, se lo habían bastardeado lastimosamente, hasta el extremo de perder su dominio por falta de práctica adecuada.

Sin embargo, lo recuperó; y en los Ensayos II y III se expresa así:

«La lengua latina es como natural para mí; la entiendo mejor que el francés... Tanto es así, que en extremas y súbitas emociones que he pasado dos o tres veces en la vida, una de ellas al ver a mi padre sano caerse desmayado encima de mí, siempre he lanzado desde el fondo de las entrañas las primeras palabras en latín; que la naturaleza brotaba y se expresaba a la fuerza, por tan prolongada costumbre».

Tal conocimiento era indispensable en el siglo XVI, porque toda la ciencia estaba entonces encerrada en los libros antiguos, y el latín, más que el griego, era la llave para alcanzar esos tesoros. Además, era entonces la lengua universal, la voz de la religión y del arte. Con el auxilio de ella pudo conocer las obras de Vives, de Bodin, de Cornelio Agripa, de Diógenes Laercio y de tantos otros.

La influencia del latín fué tan grande en nuestro filósofo, que me atrevo a asegurar que sin él sus facultades intelectuales no hubieran podido desarrollarse en

forma tan vasta, ni su pensamiento habría adquirido esa maravillosa robustez que vemos en sus páginas.

El gran Montaigne que hoy admiramos, desprovisto de su cultura clásica, que es la trama y como la esencia de su obra, no habría pasado, de seguro, los límites de la mediocridad.

Al retirarse del colegio de Guyena, inició Montaigne sus estudios de Derecho, probablemente en la ciudad de Tolosa, aunque nada se sabe de cierto. Una vez terminados, y antes de cumplir los 21 años, lo vemos ingresar en la magistratura. Fué primeramente consejero del Tribunal auxiliar de Perigord y después, consejero del Parlamento de Burdeos, en el que tuvo asiento hasta 1570.

Sin embargo, el papel que Montaigne desempeñó en la magistratura no parece haber sido muy lucido. A decir verdad, nos faltan documentos para apreciar su labor judicial; pero a nadie extrañará que un hombre de su elevación intelectual, de tan amplios horizontes y tan adelantado a su siglo, no se haya sentido a sus anchas administrando una justicia llena de anomalías y de irritantes prejuicios. Baste saber que en aquellos tiempos se aplicaba la tortura como medio habitual de investigación y se quemaba a los brujos y se flajelaba a los hechizados.

La dulzura ingénita del carácter de Montaigne y su espíritu abierto a todas las reformas que ya se vislumbraban con los albores del Renacimiento, no podían menos que inspirarle repugnancia por ese género de atrocidades que la misma ley sancionaba.

Con la mayor frecuencia lo vemos separarse de sus funciones y pedir licencias para marchar a París, a Bar-le-Duc o a Rouen, donde pasaba largas temporadas.

No obstante, el ambiente judicial tuvo en nuestro escritor una influencia benéfica, porque las relaciones que hizo con algunos cultísimos magistrados bordelenses, entre los cuales había personas de alto valor, afinaron su espíritu, estimulando su apetencia de saber. Además, la doncella con que casó en 1565, Francisca de Chassigne, era hija de un consejero y nieta de un presidente del mismo Tribunal.

Pero sobre todo la sociedad de las gentes de letras le sirvió para conocer al gran amigo de su alma, a Esteban de la BOETIÉ, cuyo piadoso recuerdo le dictó páginas tan admirables.

Por fin, el año 1570 Montaigne abandona la carrera judicial vendiendo su cargo de consejero, cosa corriente en aquellos tiempos. En esta determinación, además de las causas indicadas, influyeron muchas otras; pero la principal parece ser su decidido propósito de retirarse a una vida de estudio y de recogimiento, a la cual lo empujaban fatalmente sus inclinaciones.

La siguiente inscripción puesta en la pared de su biblioteca el 28 de Febrero de 1571, lo comprueba de un modo cierto. Dice como sigue: «El año de Cristo de 1571, a la edad de 38 años, la víspera de las calendas de Marzo, aniversario de su nacimiento, Miguel de Montaigne, cansado ya desde hace algún tiempo de la esclavitud del Tribunal, del Parlamento y de los cargos pú-

blicos, y sintiéndose aún con aptitud, retiróse a descansar en el seno de las doctas vírgenes, en calma y seguridad; así ha de pasar los días que de existencia le queden. Con la esperanza de que el destino le consienta conservar esta habitación, estos dulces retiros paternos, los ha consagrado a su libertad, a su tranquilidad y a sus ocios.

Así, sentado en el interior de su querida torre que hacía de biblioteca, en medio de sus mil volúmenes que constituyen el paraíso de su pensamiento, entregado de lleno al amor de las doctas vírgenes, es como las generaciones se complacen en representarse a Montaigne. Allí saboreaba las dulzuras de los pensadores de Atenas y de Roma, leía su Plutarco favorito, su amado Séneca, su Ovidio, preparando poco a poco, día a día, la obra inmortal de sus Ensayos.

El sabio Justo LIPSIO lo llamó el Tales moderno, porque su vida entera la consagró a la tarea de conocerse a sí mismo.

Y se conoció, tanto en lo físico, como en lo moral. Veamos lo que acerca de lo primero dejó escrito:

«Mi estatura está un poco por bajo de la mediana. Este defecto no es sólo fealdad, sino también incomodidad, sobre todo para aquéllos que tienen mandos y cargos, porque la majestad que comunica una hermosa presencia, se echa de menos... Los hombres bajos, dice Aristóteles, son lindos pero no hermosos, y en la estatura se conoce la grandeza de alma, como la belleza en un cuerpo grande y elevado... Al pobre Filopemen le ocurrió que como llegara el primero de su tropa a un albergue donde se le esperaba, la dueña de la casa, que no lo conocía y le vió de tan ruin aspecto, le mandó que ayudara a sus mujeres a sacar agua o a atizar el fuego para el servicio de Filopemen. Llegados los caballeros de su escolta, como le sorprendieran entregado a tal tarea (porque no dejó de obedecer el mandato que se le hizo), le preguntaron qué hacía. Estoy pagando, les contestó la pena de mi fealdad.

Donde hay pequeñez, ni la amplitud de la frente, ni la suavidad de los ojos, ni la forma regular de la nariz ni la pequeñez de las orejas ni la blancura de los dientes, ni la proporción legítima de los miembros pueden hacer hermoso a un hombre. Tengo yo, por lo demás, agrega, la cintura fuerte y apretada, el semblante no grueso ni lleno, la complexión entre jovial y melancólica, a medias sanguínea y cálida... Mi padre era extremadamente animoso, no encontró hombre de su condición que con él se igualara en los ejercicios del cuerpo, así como yo apenas he encontrado quien no me sobrepuje... En el baile, en la pelota, en la lucha, no he podido adquirir más que una levisima y vulgar suficiencia: en nadar, esgrimir, voltear y saltar, ninguna. Las manos las tengo tan torpes, que ni aún sé escribir para mí: de modo que lo que garrapateo, prefiero volverlo a hacer a tomarme el trabajo de descifrarlo... Y no leo mejor que lo que escribo, porque me hago pesado al que me escucha. Soy extremadamente ocioso y extremadamente libre. Tengo un alma toda de sí, acostumbrada a conducirse a su guisa. Nunca he tenido jefes ni señor obligado... Esto me ha hecho muelle e inútil para el servicio ajeno y bueno sólo para mí... En el capítulo de mis gastos pongo lo que me cuesta alimentar mi indolencia.

En los acontecimientos me conduzco varonilmente; en la dirección, infantilmente... El pensamiento de la caída me causa más fiebre que el golpe.....»

Como puede notarse, la ruda franqueza que Montaigne emplea en pintar estos rasgos son de una sinceridad pueril. Pregonara sus defectos y no se enbana de sus cualidades, excepto de una: de su buen juicio, que es para él un poderoso reflector que le alumbra el camino. Sin embargo, dice a propósito de esto que «nunca hubo mujerzuela ni perillán que no pensara tener todo el seso que le hacía falta.» «Reconocemos fácilmente a los demás las ventajas del valor, de la fuerza corporal, de la experiencia; pero la ventaja del juicio a nadie se la cedemos.»

En cambio se complace en mostrar mucha firmeza en la mala fortuna, ausencia completa de ambición y avaricia, horror instintivo por toda suerte de crueldades, y más todavía, sinceridad, lealtad exenta de disimulo y de lisonja.

En cuanto a sus características mentales, él mismo confiesa con igual sencillez que su inteligencia es lenta y que no avanza sino guiándola; su comprensión tardía, cobarde su inventiva, y por encima de todo, una increíble falta de memoria que lo atormenta y desazona.

No tenía más vicios, dice, que la dejadez y la pereza. No estaba el peligro en que hiciese algo malo, sino en que no hiciese nada. Nadie pronosticaba que llegaría a ser malvado, sino simplemente inútil; preveíase la holgazanería, pero nó la malicia.

A propósito de su falta de memoria, tiene una página de especial interés:

«Instrumento es la memoria de maravillosa importancia, y sin el cual el juicio apenas puede hacer su rol como debe. A mí me falta por completo. Lo que me vengan a proponer ha de ser por partes, porque contestar a una proposición en que haya que considerar diversas cosas, no está en mi poder. Y cuando tengo que hablar largamente y seguido, reducido me veo a esta miserable necesidad de aprender de coro palabra por palabra lo que he de decir; de otro modo no tendría ni disposición ni seguridad, temeroso de que la memoria me jugase una mala pasada. Pero no me es menos difícil este medio: para aprender tres versos necesito tres horas. Y cuanto más desconfío de la memoria, tanto más se turba; mejor me sirve por casualidad; he de solicitarla con abandono, porque si la estrecho se arredra, y en cuanto empieza a vacilar, cuanto más la sondeo, tanto más se atasca y embaraza; me sirve a sus horas, no a las mías.

Tan excelente soy para olvidar, que hasta mis escritos y composiciones olvido. Quien quisiera saber de dónde son los versos y ejemplos que tengo aquí amontonados, me pondría en un aprieto para decirselo.»

Sin embargo, cualquiera que reflexione detenidamente acerca de su obra, puede notar que estos defectos que él se atribuye, especialmente en lo que se refiere a la memoria, son exageraciones a que lo arrastran por, una parte, su excesiva modestia, y por otra, su avidez insaciable de conocimientos. La rendida admiración que le causan las obras que lee lo induce a compararse con sus autores, y al reconocerse inferior a ellos, se lamenta de su pequeñez. Éste es un fenómeno muy natural y muy explicable en todas aquellas personas que sufren de la pasión admirativa. Cualquiera

que se coloque al frente de Tácito o de Aristóteles y estudie sus producciones en lo que ellas tienen de trascendentales, se sentirá de seguro anonadado, aunque se trate de un Taine o de un Carlyle.

Los autores antiguos con su inmensa erudición y su serena majestad, nos producen un efecto abrumador, una sensación de infinito como los astros y los océanos. Mientras más grande es la admiración que experimentamos, mayor es el desprecio que sentimos por nosotros mismos. De ahí que Montaigne se haya rebajado y calumniado a sí mismo, sin compasión, creyendo ser en ello justo y sincero.

Mas, aun en el supuesto de que su «concepción embrollada», «su irresolución» y su «lamentable amnesia» fueran algo real, que harto contradichas están con su obra llena de glosas y de citas doctísimas, tales defectos no harían sino agregar a sus elucubraciones un mérito mayor, si cabe; el de su originalidad.

Los hombres dotados de gran memoria de ordinario no hacen sino repetir involuntariamente lo que leyeron u oyeron. En cambio, los que no la tienen, necesitan por fuerza dar forma propia a las ideas aprendidas y poner en sus pensamientos el sello de su personal idiosincracia. Por eso ha dicho alguien que la memoria es el talento de los tontos.

La memoria fué en la obra de Montaigne un factor nulo; por eso no vemos en ella nada de postizo ni artificial.

Sus profundas observaciones acerca de la vida y del carácter de los hombres son suyos y nada más que suyos.

No pudo exornar sus páginas con atavíos ajenos, porque no conservaba el texto de sus lecturas, sino únicamente la esencia de los pensamientos.

Sus ideas son nítidas porque son el fruto de sus reflexiones personales, sin mezcla alguna del farragoso verbalismo que suele dejar la lectura indigesta y desordenada en cerebros de escasa solidez.

De ahí el estilo de Montaigne, macizo y axiomático, al par que pintoresco y expresivo. Cuando describe una cosa, tiene el dón de hacerla palpable, de materializarla a nuestros ojos.

Pone en sus disertaciones filosóficas y morales una profundidad que trasparenta todo el vigor de su espíritu meditativo, y sus descripciones aparecen revestidas de tal amenidad y donaire, que encantan como una crónica mundana de Scholl o de Gómez Carrillo.

Hay ingenio, hay vivacidad, hay regocijada ironía en sus frases y al mismo tiempo, madurísimo examen y honda percepción en sus conceptos.

No nació para actuar en la lucha cruda de la vida diaria, sino en el ambiente suave de las bibliotecas. Ya lo dijo por ahí: «Dadme todo el aparato de una cocina y me veréis muerto de hambre».

Era un hombre de alma recogida, subjetiva, íntima. Su gran ocupación eran sus lecturas; pero la lectura seria y provechosa.

Nunca leyó los Lanzarotes, los Amadices ni otros relatos caballerescos tan famosos en su tiempo.

La torre de su castillo que hizo de librería presencié aquellos largos ocios consagrados al estudio.

Allí rumiaba a sus autores lentamente, con una voluptuosidad devota, lejos del odioso mundo y abroquelado contra sus azares.

Su torre era para él una fortaleza, un oasis de ilusión en medio de las miserias de la guerra civil y de las horribles pestes que asolaban la comarca.

En las noches de invierno, cuando la nieve cubría los caminos y el viento silbaba en las almenas, el ilustre solitario repasaba, deleitándose, a sus poetas antiguos que, según su expresión, le parecen «más firmes y más plenos» que los modernos. Lee a Virgilio en las *Geórgicas*, a Luciano, a Cátulo, a Marcial, a Horacio y al «buen Terencio, gracia y melindre de la lengua latina».

Entre los moralistas y filósofos, lee de preferencia al gran Plutarco, su ídolo, traducido ya al francés por el obispo Amyot; a Séneca en sus epístolas; a Cicerón, cuya manera de escribir le parece «fastidiosa sobre manera»; a Platón, a quien encuentra pesado y rastrero en sus diálogos; y a Plinio, a quien estima «avisado y sustancial».

Los historiadores, dice, «son los que más me aprovechan, porque son fáciles y placenteros».

Estudia a Diógenes Laercio en la «Vida de los grandes filósofos», lamentando que no hayan nacido una docena como él; a César por «su singular perfección y excelencia»; a Salustio, a quien mira con «algo más de reverencia y de respeto que se suele mirar a las obras de los humanos, por su milagrosa grandeza y por la fuerza e inimitable pulidez de su lengua, que sobrepuja, no sólo a la de todos los historiadores, como dice Cicerón, sino por ventura a Cicerón mismo».

En traducciones francesas conoció a Diodoro de Sicilia, a Heródoto y a Arriano.

De sus coetáneos, leyó a Rabelais; a Boccaccio por su prosa tersa y elegante; a Juan Segundo un poeta de la Haya que escribió un libro sobre los besos, y al «detestable Ariosto»; al florentino Guicciardini en su *Historia de Italia*; a Froissart, etc.

De los españoles habla con cierto desprecio por vanos y ampulosos, aunque lo probable es que no los haya conocido, ya que ignoraba el castellano, y en aquel tiempo apenas se traducían.

Sólo se han encontrado dos libros españoles con su firma, siendo uno de ellos unas *Historias del Nuevo Mundo*, de un tal López de Gomara, autor obscuro y poco verídico.

De los mil volúmenes que guardaba en su torre, se han perdido más de setecientos, tal vez a causa de un incendio que años después destruyó parte del castillo. De los doscientos cincuenta que hoy existen, sesenta tratan de moral y de política, cincuenta de poesía y unos ochenta, más o menos, de historia.

Muchos de estos volúmenes fueron ilustrados por él con anotaciones marginales que traducen su entusiasmo o su desagrado.

Como se ve, las aficiones de Montaigne eran decididamente espirituales; era un idealista empedernido, un místico que sentía por la vida práctica un mal disimulado desdén, en especial por su época, de la cual dijo una vez: «el que en estos días no es más que parricida y sacrilego, es un hombre de bien y de honor». Y en otra parte dice: «tan hechos están nuestros contemporáneos a la agitación y ostentación, que la

bondad, la moderación, la constancia y otras cualidades quietas y obscuras, no se dejan sentir».

Él poseía estas cualidades obscuras, y por eso su vida pública fué opaca y deslucida.

Cuando en el año 1581, estando en Italia, se le designó para ocupar el honroso cargo de Alcalde de Burdeos,—servido antes y después que él por altos personajes, como los señores de Biron y de Maignon, mariscales de Francia,—su primer impulso fué rechazarlo; pero instado por el rey y por sus amigos, concluyó por ceder.

Los servicios de la alcaldía eran entonces gratuitos, como lo son hoy, y esta circunstancia quizá le sirvió de estímulo.

No obstante su escasa aptitud para el manejo de negocios públicos, hizo cuanto estuvo de su parte por granjearse la consideración de su pueblo, desgraciadamente sin conseguirlo del todo.

En los corrillos, los murmuradores le atribuían desapego por sus funciones y escaso interés por los problemas de edilidad.

Él se defiende en el capítulo que dedica a esta materia, sosteniendo una curiosa teoría fundada en una máxima de Petronio: «Mundus universus exercet histroniam». Dice que la mayor parte de nuestros quehaceres son farsa, y que no hay que confundir la camisa con la piel, porque esto conduce a errores perjudiciales.

Se desempeñó como alcalde en la mejor forma que le fué posible, como quien representa una comedia en presencia de un público más o menos exigente, pero sin olvidarse de que detrás de la careta municipal estaba él con sus caudales de ilusión, él, Miguel de Montaigne, nacido para otra cosa.

De ahí que su consagración a las labores administrativas fuera puramente subsidiaria.

Sus libros estaban por encima de todo, ellos absorbían las facultades más nobles de su ser. Es probable que haya sido buen esposo y buen padre; pero en sus escritos apenas se refiere a ello.

Sabemos que tuvo una hija; pero no la menciona sino muy pocas veces.

Es evidente que no era un hombre de hogar en el sentido que hoy damos a esta expresión.

Con todo, las funciones de su alcaldía las cumplió honradamente, lo mejor que pudo, y en más de una ocasión dirigió al rey de Francia reconvenciones muy enérgicas de tono para hacerle ver las miserias del pueblo y la injusticia de los impuestos fiscales exagerados.

Durante la gran peste de 1585 algunos lo tacharon de cobarde porque no corrió a los campamentos a curar por su mano a los enfermos; pero aparte de que semejantes actividades no eran de su incumbencia, ni hay por qué exigirle tal heroísmo, lo cierto es que en ese tiempo su salud estaba ya quebrantada por la afección renal que tanto lo hizo sufrir y que concluyó por llevarlo a la tumba.

No se vaya a creer que por su escasa adaptabilidad a la vida social, fuera nuestro filósofo un ser hurraño y misántropo, negado por el sistema al trato de sus semejantes.

Lejos de eso, gustaba de relacionarse con personas de su alcurnia y hasta fué adicto a los honores palaciegos. En el año 1571 recibió del rey el cordón de San Miguel, y el Papa lo honró en 1589 con el título de ciudadano romano. Margarita de Francia lo llamó a su Consejo particular y Carlos Nono lo hizo gentilhombre de su Cámara.

En una ocasión el heredero de la Corona, Enrique de Navarra, que viajaba con gran séquito, se hospedó en su castillo, donde fué colmado de agasajos. Esta visita principesca fué para él un insigne honor y parece haber halagado su vanidad porque la recuerda con frecuencia y la describe con detalles. Tuvo por Enrique una viva simpatía y tal vez una estrecha relación, porque en sus memorias encontramos el curioso caso de que el secretario del pretendiente, Duplessis-Mornay, escribe a Montaigne para justificar a su señor de cierta imprudencia cometida por él en una empresa política. Esto nos da la medida de su importancia y del alto concepto que en las esferas oficiales se tenía de su privanza.

. . .

La innata curiosidad que hacía cosquillas en el espíritu de Montaigne lo llevó en muchas ocasiones a vagar por distintos lugares de Europa, especialmente Alemania e Italia. Para ello contaba con dos grandes elementos. Era rico y carecía de graves ocupaciones que le pusieran plomos en las alas, sobre todo después que dejó su famosa alcaldía, en el año 1585.

Viajaba siempre acompañado de personas de calidad, como su hermano menor, el Sr. de Mattecoulon y Carlos d'Estissac, ambos mozos todavía y alegres estudiantes.

Atravesaban los Alpes a caballo, deteniéndose en todos los lugares en que había algo interesante que observar. Así fué como estuvo en Roma cuatro meses y medio, pasando por Verona, Padua, Siena, y muchos otros pueblos de Italia. Recorrió también gran parte de la Suiza y de Alemania, las ciudades de Mulhouse, Basilea, Ausburgo, Baden y numerosas más. En todas se presentaba con mucho aparato, cosa necesaria en aquellos tiempos para ser bien recibido por gentes allaneras y feudales.

Todo lo que en estos cruceros veía, oía, o sentía, lo iba consignando en un Diario de Viaje, que sin duda escribió para sí, ajeno a todo propósito de publicidad. Pero, por fortuna para sus admiradores, una mano indiscreta lo sacó a luz en 1774, ciento ochenta años después de su muerte.

Este diario, hecho como él dice, «à tous les jours», es un documento del más alto interés, lleno de relatos novedosos y de pormenores eminentemente sugestivos. Cuenta en él las cosas más íntimas, aquéllas que apenas sospecha un ayuda de Cámara: Nos dice de los baños que se da en Plombières, de los dolores que le ocasiona su mal de piedra, de las cucharadas de trementina que se administra, del efecto que le hacen y de otras minucias que a veces resultan cómicas de puro ingenuas.

Una cosa tendrá que notar quien lea este diario, y es la poca admiración que siente su autor por las bellezas naturales.

Pasa al pie de las imponentes cordilleras alpinas y no parece impresionarse en lo más mínimo. Aquellas perspectivas helvéticas, aquellos lagos dormidos en sus lechos de esmeralda, aquellas montañas altivas destacadas sobre el azul purísimo de Italia, no le producen el arrobamiento que ocasionaron a otros viajeros ilustres, como Rousseau y Chateaubriand.

Tampoco parecen conmoverlo gran cosa las obras inmortales de los grandes maestros de la pintura y de la escultura, que en tanta profusión encuentra a su paso. Apenas si menciona una vez a Miguel Ángel; y los demás nombres que la fama consagró no acuden a su pluma.

Por lo demás, esto no era extraño en sus compatriotas de esa época, y el mismo Rabelais, al viajar por Italia, no se muestra más entusiasta que él.

En cambio, lo cautivan las ruinas, no porque tenga nada de arqueólogo, sino por los recuerdos que le traen del pasado.

Junto a una piedra tumular en el Palatino, o en la cumbre del Janículo, al otro lado del Tiber, sueña con los manes de sus héroes queridos, aspira todo el perfume de aquella epopeya incomparable que él hace revivir del polvo milenario, rindiendo a los pies de Minerva todas las efusiones de su alma pagana.

Alaba también y describe los jardines públicos y los grandes palacios que tanta ventaja llevaban a los de Francia.

Pero, por encima de todo, lo que él estudia y observa es el hombre: éste es el objetivo real de sus andanzas. Lo estudia con pasión de naturalista y con fervor de psicólogo. Escarba en sus costumbres, admira sus obras, lamenta sus flaquezas y desentraña cuanto hay de provechoso en sus actos más vulgares.

Por eso él, que describió en donosas frases el suave carmín de las muchachas de Lindau, desdeña dedicar cuatro líneas a las magníficas laderas del San Gotardo.

Para que podáis juzgar por vosotros mismos de la encantadora sencillez y amenidad del Diario de Viaje, voy a citar a la letra una de sus páginas. En ella relata Montaigne con naturalidad, no exenta de humorismo, la escena de la expulsión de los demonios que presencié en Roma.

•El 16 de Febrero al volver de la Estación, encontré en una capilla a un sacerdote revestido en la tarea de curar a un spiritado (poseído). Era éste un pobre hombre melancólico y como transido. Manteníanle de rodillas delante del altar con no sé qué paño al cuello por donde le sujetaban. Leía el sacerdote delante de él muchas oraciones y exorcismos, mandando al diablo que saliera de aquel cuerpo, y las iba leyendo en su breviario; después de lo cual volvíase a hablar al paciente, ya dirigiéndose a él, ya al diablo en persona, injuriándolo entonces, golpeándole con fuertes puñetazos y escupiéndole el rostro.

El paciente respondía a sus preguntas con ciertas contestaciones necias, ya por sí, diciendo como sentía los movimientos de su mal, ya por el diablo, cuanto temía a Dios y cuánto podían contra él aquellos exorcismos.

Después de esto, que hubo de durar mucho tiempo, el sacerdote como trá-

mité final, retiróse al altar, tomó la custodia con la mano izquierda, donde estaba el corpus dómíni, y, teniendo en la otra mano una vela encendida, con el pábilo hacia abajo, de manera que se fundiera y consumiera, sin dejar de rezar oraciones, terminábalas con amenazas y expresiones de rigor contra el diablo, en la voz más alta y magistral que podía.

Como la primera candela se le consumiese entre los dedos, echó mano a otra, y luego a una tercera y a una cuarta, hecho lo cual volvió a dejar la custodia y se acercó de nuevo al paciente, hablándole ya como a un hombre, y le mandó desatar y restituirle a los suyos para que se lo llevaran a casa.

Después se dirigió a nosotros y nos dijo que aquel diablo era de los de peor condición, tenaz y bravío, y que costaría mucho desalojarle, y a diez o doce caballeros que allí estábamos nos refirió varios casos de esta ciencia demológica y de la experiencia extraordinaria que él adquiriera en ella a través de sus largos años de práctica ayudado del estudio de los libros santos. Nos dijo que poco antes había descargado a una mujer de un diablo gordo y turbulento que le angustiaba las entrañas y que al salir sacó de la boca de ella unos clavos, unos alfileres y un largo mechón de pelo suyo. Y cuando le dijeron que no se había calmado del todo, dijo que era otro espíritu más leve y menos virulento que había entrado por casualidad aquella mañana; pero que no había cuidado, porque los de ese género (él conoce sus características y nomenclaturas) eran fáciles de conjurar.

Yo sólo aquello ví. Mi hombre no hacía más que rechinar los dientes y torcer la boca cuando le presentaban el corpus dómíni, y mascullaba de vez en cuando estas palabras: *SI FATA VOLENT*, porque era notario y sabía latín.

* * *

Pero la obra magna de Montaigne la constituyen sus Ensayos. Constan éstos de tres libros, escritos en un espacio de veinte años, sin método ni plan alguno. Es una especie de Miscelánea en la que trata de todo, de Filosofía, de Moral, de Historia, de Política y de cuanto acudía a la mente de su autor en un instante dado. Parece que cuando comenzó a escribirlos, allá por el año 1572, no lo hizo con ningún propósito definido, como no fuera el de ensayar sus facultades naturales y de estampar sus pensamientos como en un archivo, tal vez en vista de su misma falta de memoria.

Vacilante estuvo al principio acerca de la forma que debía dar a su trabajo. Leyó detenidamente los epistolarios didácticos del español Antonio de Guevara, los Apotegmas de Erasmo y los Hechos memorables de Juan Baulista Fulgosio. Pero, si todo esto se aproximaba a sus proyectos, no eran precisamente su modelo ideal.

Eligió entonces el género Ensayos, que fué creación suya. El ensayo es una especie de artículo o composición corta en la cual se desarrolla una idea, frecuentemente inspirada por una máxima o un ejemplo sacado de los libros an-

tiguos. Este género ofrecía a Montaigne la inestimable ventaja de no requerir un esfuerzo mental demasiado prolongado, de que él parece incapaz.

Además, le daba ocasión para aprovechar su gran elasticidad y para lucir el abundoso y desordenado repertorio obtenido en sus insaciables lecturas. Con todo este material informe, fué construyendo pequeñas monografías del más puro clasicismo, llenas de ingenio y de saber y adornadas con su estilo vibrante y enérgico. Es una obra por entero subjetiva, escrita con una buena fe y un candor tan admirables, que el Cardenal Du Perron llamaba a los Ensayos: «El breviario de los hombres honrados».

Los dos primeros libros se publicaron en Burdeos el año 1580. Al principio fueron acogidos con frialdad por el público; pero después, hacia 1588, cuando vió la luz el tercer volumen, la atención de los estudiosos se proyectó sobre ellos, y obtuvieron un éxito definitivo.

Las ediciones más notables que se han hecho de los Ensayos son: la de 1595, hecha por su discípula, la señorita de Gournay, la de Coste en Londres de 1724, la de Johanneau en París de 1818, la de Amaury-Duval, y la de Belclerc, con notas escogidas de 1827.

En España se ha hecho una traducción muy completa por Constantino Román y Salamero, publicada en París por la Editorial Garnier.

Sin contar el mérito intrínseco de la obra de Montaigne, hay en ella dos cosas que sorprenden desde luego, y son: el hecho de haber sido el libro de los Ensayos el objeto único de la vida entera de un gran escritor, y la pasmosa originalidad que lo caracteriza. Esto último es tanto más admirable, cuanto que en todo el siglo XVI, ni en los anteriores, hay nada que se le asemeje. Hizo Montaigne en este libro la labor que estaba destinada al siglo XVII. Pero, no fué en este siglo sino en el siguiente, cuando se le estudió y comprendió en toda su profundidad. Grandes filósofos como Bacon y Locke fueron sus imitadores, y en cuanto al género que él creó, obtuvo su gran celebridad principalmente al otro lado de la Mancha. En la vieja Inglaterra se considera aún hoy día a Montaigne como uno de los clásicos más eminentes y se lee tanto o más que en la misma Francia.

Cabe también observar el hecho curioso de que las ideas que desenvuelve y las reflexiones que anota están exentas de ese dogmatismo peculiar que se encuentra en casi todos los escritores de la época. Montaigne no es un magister que trate de imponer sus doctrinas; no abusa de su alta cátedra para ganar prosélitos; no enseña nada a nadie; se limita a exponer, dejando que los demás saquen las consecuencias e infieran las reglas que mejor les acomoden. En los Ensayos II y III se expresa así respecto de este punto: «Dispensen, señores, yo tengo una particularidad, la de no creer en el valor de mis ideas, ni tratar de reducir a los demás a aceptarlas; no hago más que exponerlas para que se sepa cuales son. Las expongo, no por buenas, sino por mías. El que vaya en busca de ciencia, búsquela donde se encuentre. Yo no hago alarde de eso. Lo que escribo son mis fantasías, por medio de las cuales no intento dar a conocer las

cosas, ni exponer lo verdadero, ni señalar lo falso, sino únicamente darme a conocer tal cual soy.

Y esto se decía en pleno siglo XVI, siglo de persecuciones y de exagerado apego a la tradición.

Tan raro caso de tolerancia escéptica quizá pueda explicarse por la circunstancia de que el padre de Montaigne fué católico y su madre luterana. De sus hermanos, el señor de Beauregard y Juana l'Estonnac pertenecieron a la religión de la madre y los demás a la del padre, sin que, por ello se alterara en lo más mínimo la paz de la familia ni dejara de reinar la más perfecta concordia entre todos.

Los Ensayos no sólo tienen el prestigio de encerrar un curso completo de ciencias morales, sino que constituyen, además, una obra de arte, una obra maestra de arte libre y personal, y a esto, más que a lo primero, seguramente, deben el gran favor que encontraron en el público.

Una de las piezas más famosas que ellos contienen y que mayor influencia ejerciera, es la Apología de Raimundo de Sabunde, un filósofo judío nacido en Barcelona, que escribió un tratado teológico para demostrar la verdad de la Religión cristiana sin recurrir a otras pruebas que las que ofrece la razón.

Este notable estudio está inserto en la página 401 del primer volumen de la edición de Leclerc. Los estudiosos encontrarán ahí un caudal inmenso de erudición, puesto al servicio de un potente razonamiento y de una aguda dialéctica.

* * *

Montaigne sentimental.—Si es ejemplarizador el conocimiento de la vida de Montaigne, si es altamente provechoso el estudio de su obra literaria, si es útil la muestra de sus virtudes y grato el recuerdo de sus genialidades, creo que ello, con ser ya mucho, no es, sin embargo, todo lo que él nos brinda como una contribución a nuestro perfeccionamiento.

Hay algo en la vida de este insigne moralista, que bastaría por sí solo para elevarlo de golpe a la más elevada cumbre de la dignidad humana, algo que revela con elocuencia incontrastable toda la exquisitez de su espíritu, todo el refinamiento ético de su personalidad.

Era tan grande su alma, tan inmenso su sentir, constituyó él un ejemplar tan excepcionalmente dotado por la naturaleza, que logró conocer y comprender aquello que nadie comprende ni conoce: la verdadera amistad.

Yo no sé si me dejo arrastrar por la profunda simpatía que este sentimiento me inspira; pero si me preguntarais cual es a mi juicio el mérito mayor de este hombre eminentísimo, yo no vacilaré en afirmar aquí que su cualidad jefe, su verdadera característica, la que lo coloca por encima de todas las celebridades de su siglo y aún de los posteriores, es este concepto de la amistad que él ha penetrado como nadie quizá en el mundo.

La amistad era para él algo fundamental, como si dijéramos algo metafísico

que lo absorbe por entero. Se entrega a ella con una especie de religiosidad, saboreando sus dulzuras y compartiéndolas con su compañero del corazón, que era como la otra mitad de su propio ser, con su hermano de elección, ESTEBAN DE LA BOETIE.

Este sentimiento, que nació entre ellos sin que se sepa cómo ni por qué, estaba revestido de tan extraña nobleza, de tan sublime inmaterialidad, que hoy día, en medio del egoísmo protocolar y de la banalidad de las costumbres, la lectura de las páginas que a él se refieren, resultan totalmente ininteligibles, como si estuvieran escritas en hebreo.

Y es natural que así suceda, porque la amistad, tal como hoy la entendemos, es una especie de acercamiento interino, de origen frecuentemente deleznable y de fragilísima estructura.

La amistad al uso no pasa de ser una cofradía de intereses que dura mientras subsiste el fin utilitario que la creó.

Otras veces es un capricho, una ostentación o un preámbulo amoroso entre personas de sexo diferente.

Si ésta es la realidad, no es de extrañar que Montaigne resulte obscuro y paradójico cuando escribe lo siguiente: «Lo que solemos llamar amigos y amistades, no son sino relaciones y familiaridades trabadas merced a cierta ocasión o comodidad, por medio de la cual nuestras almas se comunican. En la amistad de que hablo (la de la Boetie) se mezclan y confunden una con otra, en alianza tan universal, que borran y no vuelven a encontrar la costura que las unió... Si se me estrecha para que diga por qué le amaba, siento que no se pueda expresar más que respondiendo: «porque era él; porque era yo». Y luego agrega: «Porque la perfecta amistad de que hablo es indivisible: cada cual se da tan por entero a su amigo, que nada le queda para darlo a otro; por el contrario, lamenta no ser doble, triple o cuádruple, no tener varias almas y varias voluntades para confundirlas todas en lo mismo. Las amistades comunes pueden dividirse: puede agrandar en éste la hermosura, en el otro la facilidad de costumbres, en el otro la liberalidad, en aquél la cultura, en ése la fraternidad y así sucesivamente; pero la amistad que posee el alma y la rige en toda soberanía, imposible es que sea doble. Si dos al mismo tiempo demandan socorro, ¿a quién acudiríais? Si requiriesen oficios contrarios, ¿qué orden hallaríais? Si uno encomendase a vuestro silencio cosa que al otro fuese útil saber, ¿cómo os las arreglaríais? La amistad única y principal anula todas las demás obligaciones. El secreto que he jurado no descubrir a otro, puedo sin perjuicio comunicárselo al que no es otro sino yo. Gran milagro es duplicarse, y no conocen su altura los que de triplicarse hablan».

En seguida refiere el siguiente caso: que a él le parece ejemplar como prueba de amistad profunda, si bien nó perfecta porque en él se trata de dos amigos en lugar de uno:

«Eudámidas de Corinto tenía dos amigos: Carixeno y Aretreo. Como fuese a morir y era pobre, y ricos sus dos amigos, hizo así su testamento: Lego a

Areteo la manutención de mi madre y el cuidado de su vejez; a Carixeno la obligación de casar a mi hija y darle la mayor dote que pudiere, y en el caso de que uno de ellos faltase, sustituyo en su parte al sobreviviente. Burláronse del testamento los que lo vieron primero; mas cuando se avisó a los herederos, aceptáronlo con singular alegría, y como uno de los dos sucesores, Carixeno, muriera cinco días después, abierta la sucesión a favor de Areteo, pasó escrupulosamente alimentos a la madre y de cinco talentos que poseía, dió dos y medio a su hija única y dos y medio para la boda de la hija de Eudámidas, casándolas en un mismo día a las dos.

La Boetie y Montaigne se profesaron el más tierno afecto, jamás enturbiado por una reserva o una suspicacia.

Entre ellos no hubo tuyo ni mío. Comunes eran sus pensamientos, idénticas sus aficiones, similares sus gustos. Ambos eran escritores; pero no conocieron la envidia ni la rivalidad.

La Boetie escribió numerosas obras poéticas y un celebrado discurso sobre «La Servidumbre Voluntaria» que Montaigne piadosamente hizo publicar después.

Vivían el uno para el otro en la más estrecha cordialidad, ajenos a toda duda y como en perpetua confidencia.

Sin la más leve sombra de rebeldía al conocerse después de buscarse cual dos predestinados, se unieron como en un sacramento hasta la muerte.

Su amistad fué una especie de comunión mística, como la existió entre San Pablo y Tecla, entre Renán y Berthelot, entre San Francisco de Sales y Madame de Chantal.

Hay en esto algo de sobrehumano, algo de sagrado que está por encima de la comprensión de las almas vulgares.

En aquella abnegación sin límites, como en un delirio de altruismo, el amigo ideal solía decir: «No sólo me gusta más hacerle bien que si él me lo hiciera a mí, sino que prefiero que sea él el beneficiado; y entonces es cuando mayor beneficio obtengo yo».

Emile Faguet recuerda estas palabras en un precioso opúsculo sobre la amistad.

Por desgracia para Montaigne, esta suavísima delectación sentimental no fué tan duradera como él hubiera querido. Era demasiado completa su felicidad para que no fuera efímera.

A los cuatro años de haberlo conocido, contando La Boetie sólo treinta y un años, una grave enfermedad lo llevó a la tumba en breves días. Montaigne refiere estas crueles escenas de la última enfermedad de su amigo con un acento tan dolorido y al mismo tiempo tan viril, que produce una impresión de desconuelo.

Aquella separación debió ser un horrible desgarramiento, como la intervención brutal del destino en la tragedia griega.

Para que pueda juzgarse del efecto que este inmenso duelo produjo en el ánimo de Montaigne, citaré una nota íntima puesta en su diario de viaje, sin ninguna preocupación literaria, con fecha 11 de Mayo de 1581 y que dice tex-

tualmente: «Esta mañana, al escribir al Sr. Ossat, caí en un tan doloroso recuerdo del Sr. de la Boetie, y tanto tiempo pasé sin recobrarne, que aquello me causó un gran mal».

Nótese que esta exaltación del pesar que llegaba en su intensidad hasta hacerle perder los sentidos, ocurría 18 años después de la muerte del amigo.

Yo no sé que haya en el mundo un ejemplo de más santa y conmovedora fidelidad.

Obsérvese, además, para los que duden de su sinceridad, que Montaigne no era propiamente un literato en el sentido que hoy damos a esta palabra, no era un cincelador de frases, un miniaturista como Flaubert o Maupassant. Era mucho más que eso, era un pensador, un antropólogo que no concedía al lenguaje más importancia que la que merece. Todo cuanto hay en él, pues, todo lo que dice y piensa, por fuerza debe ser verídico y real, sin mezcla alguna de fantasía o artificio.

Fuera de esta amistad por Esteban de la Boetie, tuvo otras en sus últimos años, por cierto sin los caracteres singularísimos de la primera. Entre éstas puede citarse la del poeta bordelés Pedro de Brach, la de Justo Lipsio, con quien mantuvo una activa correspondencia epistolar, la del moralista Charron, autor del tratado sobre la prudencia, y, más intensa que todas éstas, la de María de Gournay, encantadora joven de 22 años a la cual él llamaba la «*filie d'alliance*» y que fué su más fervorosa discípula. La señorita de Gournay le profesó un tierno cariño filial y más tarde, a la muerte del maestro, editó sus obras en unión de Pedro de Brach.

* * *

Por el año 1590, Montaigne encontrábase ya viejo y con su salud seriamente quebrantada por su antigua afección a los riñones que tanto le atormentó. Su vista se obscurecía cada vez más y se embotaba su oído. Falto ya de entusiasmo por la vida, se recluyó en su torre, donde su secretario le leía a sus antiguos conocidos Platón y Aristóteles.

Por otra parte, la vida pública de su país no tenía nada de alentador. Habían asesinado al duque de Guisa y los de la Liga ocupaban a París con un ímpetu audaz. Pronto cayó también Enrique III bajo el puñal de un fanático.

Sólo los éxitos de Enrique de Navarra, su amigo, conquistando palmo a palmo el reino, le ofrecieron alguna compensación en esta vorágine de sangrientos sucesos.

Recluido en su castillo, lejos del bullicio mundanal, se replegaba cada día más en su pensamiento, ejercitándose en esperar la muerte con serenidad de estoico. Cuando ya la tuvo muy próxima, mandó a buscar a los gentiles hombres sus vecinos de la comarca para despedirse de ellos. Tres días antes de morir se le paralizó la lengua y ya no pudo comunicarse con los suyos sino por escrito o por señas. Triste fué este nuevo martirio; pero él supo sobrellevarlo con la entereza de un varón justo. El momento mismo de su muerte lo describe Pas-

Areteo la manutención de mi madre y el cuidado de su vejez; a Carixeno la obligación de casar a mi hija y darle la mayor dote que pudiere, y en el caso de que uno de ellos faltase, sustituyo en su parte al sobreviviente. Burláronse del testamento los que lo vieron primero; mas cuando se avisó a los herederos, aceptáronlo con singular alegría, y como uno de los dos sucesores, Carixeno, muriera cinco días después, abierta la sucesión a favor de Areteo, pasó escrupulosamente alimentos a la madre y de cinco talentos que poseía, dió dos y medio a su hija única y dos y medio para la boda de la hija de Eudámidas, casándolas en un mismo día a las dos.

La Boetie y Montaigne se profesaron el más tierno afecto, jamás enturbiado por una reserva o una suspicacia.

Entre ellos no hubo tuyo ni mío. Comunes eran sus pensamientos, idénticas sus aficiones, similares sus gustos. Ambos eran escritores; pero no conocieron la envidia ni la rivalidad.

La Boetie escribió numerosas obras poéticas y un celebrado discurso sobre «La Servidumbre Voluntaria» que Montaigne piadosamente hizo publicar después.

Vivían el uno para el otro en la más estrecha cordialidad, ajenos a toda duda y como en perpetua confidencia.

Sin la más leve sombra de rebeldía al conocerse después de buscarse cual dos predestinados, se unieron como en un sacramento hasta la muerte.

Su amistad fué una especie de comunión mística, como la existió entre San Pablo y Tecla, entre Renán y Berthelot, entre San Francisco de Sales y Madame de Chantal.

Hay en esto algo de sobrehumano, algo de sagrado que está por encima de la comprensión de las almas vulgares.

En aquella abnegación sin límites, como en un delirio de altruismo, el amigo ideal solía decir: «No sólo me gusta más hacerle bien que si él me lo hiciera a mí, sino que prefiero que sea él el beneficiado; y entonces es cuando mayor beneficio obtengo yo».

Emile Faguet recuerda estas palabras en un precioso opúsculo sobre la amistad.

Por desgracia para Montaigne, esta suavísima delectación sentimental no fué tan duradera como él hubiera querido. Era demasiado completa su felicidad para que no fuera efímera.

A los cuatro años de haberlo conocido, contando La Boetie sólo treinta y un años, una grave enfermedad lo llevó a la tumba en breves días. Montaigne refiere estas crueles escenas de la última enfermedad de su amigo con un acento tan dolorido y al mismo tiempo tan viril, que produce una impresión de desconuelo.

Aquella separación debió ser un horrible desgarramiento, como la intervención brutal del destino en la tragedia griega.

Para que pueda juzgarse del efecto que este inmenso duelo produjo en el ánimo de Montaigne, citaré una nota íntima puesta en su diario de viaje, sin ninguna preocupación literaria, con fecha 11 de Mayo de 1581 y que dice tex-

tualmente: «Esta mañana, al escribir al Sr. Ossat, caí en un tan doloroso recuerdo del Sr. de la Boetie, y tanto tiempo pasé sin recobrarne, que aquello me causó un gran mal».

Nótese que esta exaltación del pesar que llegaba en su intensidad hasta hacerle perder los sentidos, ocurría 18 años después de la muerte del amigo.

Yo no sé que haya en el mundo un ejemplo de más santa y conmovedora fidelidad.

Obsérvese, además, para los que duden de su sinceridad, que Montaigne no era propiamente un literato en el sentido que hoy damos a esta palabra, no era un cincelador de frases, un miniaturista como Flaubert o Maupassant. Era mucho más que eso, era un pensador, un antropólogo que no concedía al lenguaje más importancia que la que merece. Todo cuanto hay en él, pues, todo lo que dice y piensa, por fuerza debe ser verídico y real, sin mezcla alguna de fantasía o artificio.

Fuera de esta amistad por Esteban de la Boetie, tuvo otras en sus últimos años, por cierto sin los caracteres singularísimos de la primera. Entre éstas puede citarse la del poeta bordelés Pedro de Brach, la de Justo Lipsio, con quien mantuvo una activa correspondencia epistolar, la del moralista Charron, autor del tratado sobre la prudencia, y, más intensa que todas éstas, la de María de Gournay, encantadora joven de 22 años a la cual él llamaba la «fille d'alliance» y que fué su más fervorosa discípula. La señorita de Gournay le profesó un tierno cariño filial y más tarde, a la muerte del maestro, editó sus obras en unión de Pedro de Brach.

* * *

Por el año 1590, Montaigne encontrábase ya viejo y con su salud seriamente quebrantada por su antigua afección a los riñones que tanto le atormentó. Su vista se obscurecía cada vez más y se embotaba su oído. Falto ya de entusiasmo por la vida, se recluyó en su torre, donde su secretario le leía a sus antiguos conocidos Platón y Aristóteles.

Por otra parte, la vida pública de su país no tenía nada de alentador. Habían asesinado al duque de Guisa y los de la Liga ocupaban a París con un ímpetu audaz. Pronto cayó también Enrique III bajo el puñal de un fanático.

Sólo los éxitos de Enrique de Navarra, su amigo, conquistando palmo a palmo el reino, le ofrecieron alguna compensación en esta vorágine de sangrientos sucesos.

Recluido en su castillo, lejos del bullicio mundanal, se replegaba cada día más en su pensamiento, ejercitándose en esperar la muerte con serenidad de estoico. Cuando ya la tuvo muy próxima, mandó a buscar a los gentiles hombres sus vecinos de la comarca para despedirse de ellos. Tres días antes de morir se le paralizó la lengua y ya no pudo comunicarse con los suyos sino por escrito o por señas. Triste fué este nuevo martirio; pero él supo sobrellevarlo con la entereza de un varón justo. El momento mismo de su muerte lo describe Pas-

quier en estas líneas: «Mandó que le dijeran misa en su habitación y al llegar el sacerdote a la elevación de la sagrada forma, el pobre caballero se lanzó, como fuera de sí sobre su cama, juntando las manos, y en este acto postrero entregó su alma a Dios. Tenía cincuenta y nueve años y medio, (Septiembre 13 de 1592).

• • •

Éste es el hombre, arquetipo de nobleza, de austeridad y generoso idealismo; representa una de las fases más avanzadas de la evolución universal. El ejemplo de su vida y de sus costumbres puede servir hoy y servirá en todos los tiempos de modelo a los que de veras se interesan por el perfeccionamiento ético de la humanidad. Fué grande en su vida y fué grande en su muerte.

Con justicia se le podría aplicar la frase de Shakespeare: «Ante él, pudo detenerse la naturaleza y exclamar con orgullo: He ahí un hombre».

ALBERTO HERRERA ARRAU.